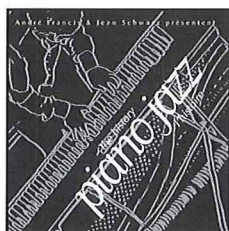


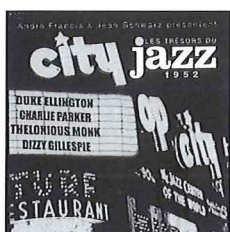
Una historia del piano



La editora francesa Le Chant du Monde (distribuida en España por Harmonia Mundi) ha publicado una colección de diez CDs que bajo el título *Piano Jazz-l'histoire* recorre la evolución de este instrumento en grabaciones que van de 1906 a 1952. La colección esta organizada en 221

piezas que recorren desde los primeros registros hasta el bop y se basa en una docena de pianistas: Jelly Roll Morton (seis cortes), James P. Johnson (siete), Fats Waller (doce), Earl Hines (nueve), Duke Ellington (nueve), Art Tatum (once), Nat "King" Cole (doce), Erroll Garner (ocho), Thelonious Monk (seis), Bud Powell (nueve), Oscar Peterson (cinco) y Lennie Tristano (siete).

Para completar el total de los más de doscientos cortes, en los primeros discos de la colección se pueden escuchar tomas de James Scott, Sott Joplin, Eubie Blake, Fletcher Henderson, Charles Avery, incluso un registro de Mary Low Williams de 1930. El libreto que acompaña da detalle de fechas e intérpretes de cada grabación.



Les Trésors du Jazz 1952 es la tercera entrega de la colección *Une histoire chronologique du jazz* (Le Chant du Monde). Las dos primeras estaban dedicadas a grabaciones que se distribuyeron entre 1898-1943 (la primera) y 1944-1951 (la segunda).

Para este cofre que contiene cinco discos se han seleccionado

registros de André Hodeir, Shelly Manne, Sidney Bechet, Wardell Gray, Charlie Parker, Art Pepper, Dizzy Gillespie, The Modern Jazz Quartet, Ella Fitzgerald con la orquesta de Sy Oliver...

El libreto que acompaña, en francés e inglés, detalla temas, fechas de grabación y formaciones completas.

Fantasy no se queda atrás en la publicación de cofres, recopilatorios y ediciones conmemorativas. A esta última categoría pertenece *Eric Dolphy: 75th Birthday Celebration*, un volumen de tres discos que recoge grabaciones del saxofonista para Prestige, Riverside, Pablo y

Jazz Workshop, editadas previamente en los álbumes *Out there*, *At the Five Spot*, *Memorial Album*, *Far Cry*, *In Europe* (Vol. 1, 2 y 3), entre otros.

El primer disco de este recopilatorio recoge grabaciones de 1960-61 y aparece bajo el nombre de *Serene*: el

segundo, titulado *The Prophet*, contiene grabaciones de 1961. El tercero, *So Long Eric*, es más extenso en el tiempo con grabaciones de 1961 a 1964.

En esta misma colección se han publicado los dedicados a Dave Brubeck, Eddie Lockjaw Davis, Charles Mingus, Milt Jackson y Dexter Gordon con motivo del 80 aniversario.

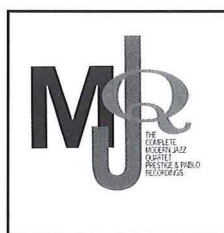
Dedicados a la celebración de sus 75, para Miles Davis, Oscar Peterson y John Coltrane. Y una selección para el más veterano, Thelonious Monk, por su 85 aniversario.

Para leer y escuchar. Así se presenta la colección BD Jazz editada por la francesa Editions Nocturne que incluye discos y un tebeo (en su idioma original, francés). Como un libro en formato aproximado al de la caja de DVD, con tapa dura, se presenta un cómic de 16 páginas que ilustra algún episodio de la vida del protagonista e incluye dos discos que recogen una selección de la música —la mejor, según sus editores— del mismo músico. Entre los autores de los cómics hay nombres conocidos, como

Conversin, Garrigue o Peseux, y otros que lo son menos. Distribuidos por Resistencia, ya están disponibles los títulos dedicados a Nat "King" Cole, Sidney Bechet, Louis Armstrong, Billie Holiday, Ella Fitzgerald, Frank Sinatra... hasta un total de quince, por ahora.

50 aniversario del Festival de Newport. George Wein anunciaba a finales del pasado año los conciertos que se llevarán a cabo para la celebración del aniversario del afamado festival: desde el 17 de enero al 27 de marzo, en una primera tanda se incluyen los nombres de James Moody, Cedar Walton, Randy Brecker, James Carter, Howard Alden, Peter Washington y Lewis Nash. Para la segunda parte de la gira, Terence Blanchard, Lew Tabackin, Ken Peplowski, Lea DeLaria y el aún poco conocido baterista Karriem Riggins, con el soporte de la rítmica integrada por Alden, Washington y Walton. Se ha editado un disco conmemorativo de este aniversario que recoge algunos de los mejores momentos de la vida del festival y que sólo

The Modern Jazz Quartet



The Complete Prestige & Pablo Recordings es una caja de cuatro CDs con amplia documentación y fotografías que recoge las grabaciones del cuarteto para estos sellos desde 1952, cuando a la firma con el sello Prestige se convirtieron en el Modern Jazz Quartet, hasta 1985, ya casi el final de sus días. Estos discos contienen 54 temas impecablemente remasterizados.

BILL EVANS

THE COMPLETE LIVE AT THE VILLAGE VANGUARD 1961



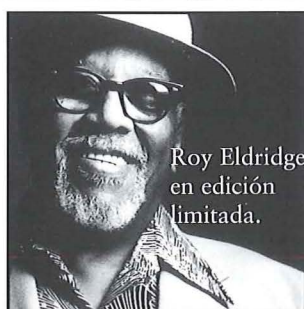
Con LaFaro y Motian se conformaba el trío que bajo el nombre del pianista daba lugar a las grabaciones del Village Vanguard el 25 de junio de 1961. Fantasy edita ahora *Bill Evans-The Complete Live at the...* recogidas en tres *cedés* que se dividen de la siguiente manera: Disco uno, *Afternoon Set 1&2*. Disco dos, *Evening Set 1&2* y el *Evening Set 3*, en un tercer disco. Sólo hay un tema inédito en estos tres volúmenes, una toma interrumpida del *Glorias's Step* que con casi seis minutos de duración se recoge en el primer *cedé*. La caja incluye un libreto con texto actualizado del que fuera productor de aquellas grabaciones, Orrin Keepnews.

se comercializará allí donde se celebren estos conciertos. *Newport at 50: Happy Anniversary, Baby!*, recoge actuaciones de Armstrong, Thelonious Monk, Mahalia Jackson y Duke Ellington, entre otros muchos.

Duke Pearson recuperado. El pasado diciembre, Mosaic publicaba en edición limitada a 5.000 copias una caja con tres discos que recoge las grabaciones de Pearson para Blue Note entre 1968-70. La nota de color la pone la inclusión de un disco que llevaba tiempo fuera de circulación y que resultaba muy propio para las fechas: un "christmas album" titulado *Merry Ole Soul* en el que el pianista está acompañado por Bob Cranshaw, Mickey Roker y Airto Moreira.

Festival de Getxo-Concurso de grupos. Nueva convocatoria a la que pueden concurrir conjuntos de jazz de toda Europa, de cualquier tendencia o estilo. El jurado elegirá cuatro de ellos para actuar

durante el Festival desde el 30 de junio al 4 de julio. Como es habitual, los premios incluyen una parte en metálico más trofeo y edición de un disco. Las bases están disponibles en el Aula de Cultura de Getxo: tel 34 94 491 40 80 / fax 34 94 431 92 84. info@getxokultura.com



sessions, una con Benny Carter, otra con Harry Edison y la tercera, una memorable "batalla" con Gillespie. Y muchas otras grandezas, además de ocho tomas alternativas no editadas previamente y el bien cuidado libreto que acostumbra Mosaic, con fotos y notas de Dan Morgenstern. Por acuerdo entre Mosaic y Verve, la caja tiene distribución comercial por los canales habituales pero ¡atención!, es una edición limitada de 10.000 ejemplares para todo el mundo.

OSCAR PETERSON

DIMENSIONS



Es el protagonista de otra de las ediciones de Fantasy, con el recopilatorio *Dimensions*: cuatro discos para la realización de un compendio de los registros del pianista para el sello Pablo. Norman Granz fue el productor de todas las grabaciones que aquí se recogen: 25 cortes tomados de conciertos en diversos lugares del mundo y otros 21 hechos en estudio entre 1956 y 1986. Un repaso completo de las múltiples facetas de Peterson en piano solo, con big bands, en jam sessions multitudinarias y con su particular acento bluesístico.

El plazo de inscripción y recepción de documentos se cierra el próximo 21 de febrero.

La Associació de Músics de Jazz i Música Moderna de Catalunya también hizo entrega el pasado diciembre de sus premios de 2003: para Xavi Maureta como compositor; para Joan Albert

Amargós como arreglista. Música revelación, Jordi Matas, Músicos del año, Lluís Coloma, Martí Serra y Andreu Zaragoza. Peer Wyboris fue galardonado por su trayectoria, Unexpected como grupo y el premio al mejor disco, por *Meditations*, para Xavi Maureta y Adam Kolker.

Rectificación

En el núm. 79 de la revista se incluía una entrevista con José Antonio Galicia, quien recordaba en ella mi actuación como cantante en una jam de free jazz en los primeros años ochenta. Quiero matizar que dicha sesión, acaecida durante el Festival de Jazz de San Sebastián, se desarrolló con músicos de diversos países, en los bajos del Ayuntamiento, y exactamente en el año 1972, o sea, 10 años antes de la época recordada.

Juan José González

EN CONCIERTO

30 DE OCTUBRE AL 28 DE
NOVIEMBRE

35 Festival de Jazz de Barcelona

Abbey Lincoln / Danish
Radio Big Band, Maria
Schneider, Ivan Lins, Toots
Thielemans / The Bad Plus

El concierto de Abbey Lincoln en el Palau de la Música Catalana el 5 de noviembre estaba destinado a ser uno de los hitos más importantes de este ecléctico 35º Voll-Dam Festival Internacional de Jazz de Barcelona y, sin embargo, fue bastante decepcionante. La cantante, con sus más de setenta años de edad, ofreció un concierto de alrededor de una hora de duración, incluyendo un extenso introito instrumental e interpretó bastantes de los temas de su último disco, *It's me*. A pesar de estar resfriada y de tener sus facultades vocales mermadas, demostró, a través de un fraseo particular, entre crepuscular e irónico, que sigue siendo una gran cantante, aunque algo disminuida. El público, en su mayor parte se sintió defraudado, y en parte eso se debe a una inexplicable deficiencia sonora que hacía que la voz de Abbey Lincoln quedara muchas veces ahogada por los instrumentos, y que generaba irritantes acoples en el contrabajo. Tal vez el Palau no era el mejor ámbito para una cantante amante del susurro y de la sutileza, y el concierto terminó con una nota de decepción y frialdad. El Palau, sin duda uno de los teatros más bellos del mundo pero también, parece, más difíciles de sonorizar, fue también escenario, dos días más tarde, del concierto de la Danish Radio Big Band dirigida por Maria Schneider,



con Toots Thielemans e Ivan Lins. Otra vez, la acústica dura del teatro empañó la noche. La orquesta sonaba empastada y mezclada y costaba mucho distinguir las sutilezas gilevansianas, apasteladas y cool, de la dirección de Maria Schneider. En realidad, los primeros temas sirvieron para apreciar la magnífica dirección de la Schneider y a una big band de alto nivel, pero un concierto dedicado exclusivamente a las obras de Ivan Lins, con el mismo Lins en órgano eléctrico y voz, corre el grave riesgo de convertirse en una masa espesa y empalagosa, donde todo termina sonando igual y uno se cansa rápido. Y la armónica de Thielemans, a pesar de su altísimo nivel técnico, no alcanzaba a dar un poco de brillo a ese pastiche sonoro. En contraste y salvando las distancias, el concierto de The Bad Plus en Luz de Gas el 20 de noviembre fue una fiesta de alegría furiosa y salvaje, con Ethan Iverson, Reid Anderson y David King como una pandilla de *freaks* que parecían siempre al borde del descontrol y unos momentos, pocos, de una rara delicadeza. El baterista

David King toca con una fuerza y una brutalidad tales que por momentos parece que la cosa se le va a ir de las manos, o que la batería se va a desarmar, pero Iverson, con un gesto, un golpe de teclas, lo apaga como con un interruptor, y luego vuelve a encenderlo. Con guiños vanguardistas, homenajes a Ornette Coleman, temas propios cuyos títulos son siempre disparos contra los políticos de su país y con la deconstrucción de clásicos del pop y la electrónica, The Bad Plus ofreció uno de los conciertos más interesantes del festival, en una Barcelona que ya les pertenece.

Eduardo Hojman

Jason Moran / Llibert
Fortuny Electric Quartet /
Chick Corea New Quartet /
Peter Erskine Trio / David
Xirgu Quartet

Para esta edición del Festival se ha intentado por parte de los organizadores conseguir una programación lo suficientemente jazzística y, sobre todo, heterogénea como para poder contentar a todos los aficionados. De entre los conciertos que se celebraron me corresponde comentar el de piano llevado a cabo por Jason Moran; hoy en día es difícil ver un concierto de solo piano en un Festival de estas características. Las expectativas con respecto a éste eran altas y no defraudaron pues se pudo comprobar el gran pianista que es Moran y la perfecta mezcla que lleva a cabo entre tradición y música moderna. Otra grata sorpresa de esta programación fue el nuevo proyecto del saxofonista catalán Llibert Fortuny con su Electric Quartet; el concierto resultó intenso como

consecuencia de la música interpretada por todos los integrantes del grupo. El proyecto resulta interesante y con el tiempo se irá consolidando.

También tuvimos la posibilidad de escuchar al Chick Corea New Quartet; en principio la presentación debía ser en trío pero se añadió la presencia del saxofonista alto Steve Wilson. La base del grupo está formada por el pianista con Avishai Cohen y Jeff Ballard; qué fantástico trío posee Corea, qué estupendos músicos capaces de llegar a cotas de creación insuperables. Pero la presencia de Wilson pareció sobrar en el concierto pues se encontraba prácticamente como un mero espectador de sus compañeros. También se añadió en algunos temas la voz de Gayle Moran, presencia que se podía haber obviado por lo flojo de su actuación.

Otro concierto que causó gran sensación fue el del Peter Erskine Trio; la música que interpretaron pertenecía en su mayoría a su último trabajo y estuvo marcada por los tiempos lentos, los espacios, los silencios y quizá también por la frialdad en algunos temas. En definitiva un sonido muy ECM que se mezcló con algún destello free de refinada elegancia. Gran éxito para David Xirgu y su cuarteto; el baterista catalán posee una formación ya rodada y probada en lo mejor del panorama musical. El proyecto consiste en acompañar musicalmente unas filmaciones que se van proyectando a lo largo del concierto y se puede concluir que el interés de la música es tal que no se desvía la atención para centrarla en las imágenes. La música, todo composiciones originales de Xirgu, sonó fresca y perfectamente compenetrados los músicos, con mención

especial para el tenor bilbaíno Gorka Benítez.

Añado a estos comentarios que el Festival ha sido correcto en cuanto a la programación y la única nota negativa a resaltar es la deficiente y en ocasiones pésima sonorización, cuestión ésta que se debe cuidar y sin duda mejorar para futuras ediciones.

Juan Carlos Abelenda

28 DE NOVIEMBRE

Palau de la Música Catalana
La Fábrica de Tonadas
Santiago Auserón (voc),
Chano Domínguez (p), Jorge
Pardo (st, ss, fl), Jordi Bonell
(g), Javier Colina (b), Marc
Miralta (bat).

Dice el acervo popular -y el poeta en particular- que lo más que de la vida hay que esperar son presentes afortunados. La noche en el Palau fue noche de gala para La Fábrica de Tonadas, esa cooperativa de talento a granel en la que Santiago Auserón despacha con esmero a quienes supieron alguna vez de la existencia de Annabel Lee. Dicen por el vecindario que esto ya no hay quien lo pare, y quien lo pare, que se prepare. Ni el pesar que pudiera sobrevolar en el recuerdo de alguno de los maestros del quinteto, ni menos aún el corto rodaje en comunidad. Todo aquel que viera anteriores actuaciones de La Fábrica hubo de llevarse una grata sorpresa al comprobar que la respuesta a la perfección está en el tiempo, en su paso indefectible y productivo, siempre que ronde por ahí el talento. Quien compra lo que esta Fábrica produce no malgasta su jornal, porque lo que está comprando son pagarés para nuevos presentes afortunados. Algo de eso sabía el público barcelonés cuando no dejaba de pedir bises.

Enrique Turpin

4 AL 23 DE NOVIEMBRE

XXIV Festival Internacional de Jazz Granada

Armando Chick Corea fue el encargado de abrir la XXIV edición del Festival, la muestra decana de Andalucía que con setenta actuaciones ocupó todo el mes de noviembre. Nueve fueron los conciertos principales mientras en noches paralelas se contó también con Elvis Costello, Youssou N'Dour, Marcos Valle, Grooveyard, Paul Stocker y Lucky Peterson.

Compartiendo escenario con una pareja de jóvenes hiperdotados como son el contrabajista Avishai Cohen, capaz de hacer hablar a su instrumento gracias a sus habilidades y su extrema sensibilidad, y el baterista Jeff Ballard, perfecto como acompañante y deslumbrante como solista, Corea mostró su faceta más jazzística tras muchos años de dedicarse a la fusión con el rock y los sonidos más altisonantes. Pero por encima de todo fue una noche especial: comenzaban gira y hacían las primeras tomas para una anunciada grabación en directo, *Live in Spain*. Además contaron con Gayle Moran, cosas de parejas porque su afinación fue más que comprometida, y Rubem Dantas, que actuaba en el programa paralelo del Festival. Todos juntos rubricaron una noche en la que presentaban el disco *Past, Present & Futures* y cerraron con un *Spain* ovacionado y hasta coreado por el público. Lo que se dice un comienzo feliz.

El segundo concierto presentó a una de las voces actuales de mayor peso específico del mundo del jazz, Dee Dee Bridgewater. Una mujer que pisa fuerte en el escenario y en la vida, su presencia recuerda a la de una joven Tina Turner, todo energía, músculo y largas piernas al servicio del espectáculo.

Dueña de físico imponente nada oculto tras un vestido de jirones de diseño que resalta sus felinos movimientos, Dee Dee vive lo que canta hasta extremos impúdicos: tras una impresionante recreación de *Speak Low* no tuvo reparos en confesar "me he excitado cantando ¿ustedes también?". Dotada de una voz poderosísima con picos de fuerza salvaje, absolutamente animal, se hunde segundos después en la sensibilidad más delicada y acariciante; amplitud de registro que salpimenta con desinhibición y ausencia de prejuicios, a la que hay que unir una capacidad dramática heredada de los muchos musicales que ha realizado en Broadway. Si el tándem Weill-Brecht copó su salida a escena con hits como *Lost in the Stars*, *September Song* o la saga juguetona de *Jenny*, de entre todas las posibilidades esta mujer escogió hábilmente las de un repertorio para gustar; tan sólo entre *Stranger here* *Myself* y el mencionado *Speak Low* ya habíamos tomado contacto con su amplísima gama de facultades. El paso de ecuador fue a ritmo de blues orgulloso ligeramente escorado hacia el Caribe por el peso de los tumbaos, una invocación a Horace Silver, con piezas como *Cape Verdean Blues*, *Doodlin* o *Cooking at the Continental*



Dee Dee Bridgewater

en la que mano a mano con un desatado organista nos llevó hacia el soul de la Atlantic y definitivamente la religiosidad del gospel. Amén. "He sido muy guapa, y ahora soy una mujer mayor igual de guapa" decía la cantante Abbey Lincoln (Chicago 1930) momentos antes de salir a actuar en el Teatro Isabel la Católica. Los privilegiados que la escucharon en ese concierto, para que el que estaban agotadas las entradas, comprobaron que era completamente cierto. A pesar de sus problemas de movilidad y de un inoportuno principio de gripe, Abbey creció y embelleció hasta seducir completamente a su público. Los discutibles arreglos orquestales de sus últimos discos parecen prescindibles ejercicios formales ante la suficiencia del trío en directo, con una sección rítmica con garantía de lealtad. *Skaylark* fue la primera toma de contacto de un concierto que fue creciendo hacia adentro, hacia el núcleo duro de la sensibilidad. Ni siquiera un correcto y animoso blues afectó a la solemnidad melancólica de la noche, *Love Is Made* concentró en cuatro minutos todo su potencial de introversión, *The Music Is Magic* supo a confesión esperanzada y, cuando estaba ya todo dicho, desarmó completamente al público con una versión en español natkingcoliano del *Somos novios* de Armando Manzanero, relatado con no poca picardía y dobleces en su dicción.

Diane Schuur ha sido la tercera estrella del jazz vocal femenino que este año ha pasado por la muestra granadina. Tres estilos completamente diferentes de enfocar el canto y la presencia en escenario. La Schuur es además pianista, invidente y una mujer de personalidad extrema, que como demostró en la rueda de prensa previa a su

EN CONCIERTO

concierto es capaz de alternar la carcajada con el llanto sin dificultad aparente. Ese extremismo emocional llevado a la música hace que sus conciertos sean peculiares y siempre con un muy fuerte componente pasional. En su concierto granadino mostró varios perfiles estilísticos: el jazzístico, el blusero y el de vocalista para todos los públicos. Con el primer material no hay discursión ninguna: es una de las grandes. *Deep Purple, My Romance* y la poderosa *Unforgettable* son material precioso para el metal apasionado de su garganta, que en disco y arropada por orquesta nivela su abrumadora sentimentalidad, en vivo es todo carisma de raza. El blues estuvo presente con un robusto *Everyday Have the Blues* que empezó a cantar ya en la orquesta de Count Basie en sus comienzos, escuchándola es fácil comprender porque la llamó B.B.King para grabar un disco entero con ella. Y el tercer registro es el de cantante de standards pop al estilo americano. Aquí junto a sorpresas como la adaptación jazzy del clásico de los Searchers (¡blancos e ingleses!) *Love Potion Number 9* con destellos doowop, llegaron un paquete de piezas debidas al compositor Barry Manilow, de las que, resumiendo por falta de espacio, hubiesen sido la banda sonora exacta para la serie *Vacaciones en el mar*: perfectamente olvidables. Cuando en la presentación del Festival el abajo firmante aludió a John Scofield como uno de los nombres dentro del paquete más jazzísticamente correcto del programa, aún sabiendo que el guitarrista no tiene límite ninguno, en verdad no



esperaba que abriese su concierto citando a Cole Porter, y menos que lo cerrase aludiendo a Louis Armstrong, un marco clásico para un concierto de otra galaxia. Esa facilidad para hacer lo imposible es lo que resulta más llamativo de este músico que está incluido en el censo de músicos de jazz pero que incorpora cualquier estilo a su sonido sin el mayor problema, puesto que por encima de toda categorización está la imaginación para inventar sonidos, y la de este hombre es vastísima incluso como comprobamos aquí sin necesidad de acudir a medios tecnológicos de vanguardia que otros usan enmascarando la falta de ideas. En lo suyo nada es previsible, todo es sorprendente y asombrosamente natural. Si su trabajo es insoportablemente perfecto, hay que destacar también el soberbio y personalísimo sonido de Steve Swallow, su bajista favorito salvo cuando por razones de cartel alista a Charlie Haden. Dueño de un sonido imperturbable y empujador, redondo y continuo, dotado de un extraña apariencia gomosa que tiene su tiempo propio y un fraseo obsesivo que maciza su entorno. El mejor concierto del festival, con

diferencia.

Tras, Scofield nada mejor que sus "siervos" más aventajados: Take Six en su único concierto en España. Con tanto viaje debían traer los relojes con el uso horario invertido ya que confundieron la misa de doce con el jazzístico *'Round Midnight*. La abracadabrante formación vocal norteamericana se metió en el bolsillo al público granadino en una hora larga de concierto tanto con sus deslumbrantes facultades vocales como con el espectáculo que las envuelve, más discutible si se quiere por sus gags de teleshow pero que, indudablemente, ayudan a crear un ambiente distendido y bienhumorado. Pasan de un arreglo jazzero para voces, en el que imitan perfectamente los instrumentos y a sus tocadores, en el caso de Miles Davis con un solo de sordina incluido, a un potente coro religioso y de allí saltan a una canción pop en la línea de Marvin Gaye, a quien han cantado en varias ocasiones. Sus voces sonando al unísono son impresionantes, sublimes, perfectas. El concierto final del programa principal fue también una noche recordable con el grupo de Terence Blanchard, un prodigio de sensibilidad en términos

neoclásicos pero sin obsesionarse por ningún estilo concreto, el punto de partida es la zona medular del jazz de toda la vida, el neobop pero evolucionado hacia....¿la galaxia Marsalis menos integrista?, y que con la incorporación del guitarrista de Benin Lionel Loueke cambia la jugada de banda a banda. Blanchard es el líder por derecho pero no ejerce, incorporándose a la formación más como un compañero aunque el temario fuese suyo. Solucionándose el tema de la expresión individual de una curiosa forma ya que apenas hubo actuaciones solistas conjuntas sino más bien ordenadas y sucesivas apariciones individuales de los integrantes del grupo. El sexteto fue un organismo vivo que necesitó de todas su partes para dar este concierto, con la seguridad de que el de pasado mañana será muy distinto por la diferente combinación de elementos personales. Algo que en la música improvisada debiera ser lo habitual pero que en realidad no es tan frecuente. El compositor fetiche de las películas de Spike Lee es un trompetista de largo recorrido, músico hiperdotado técnicamente pero que utiliza todos sus conocimientos interpretativos como medio y no como fin en sí mismos. Prueba de ellos fue la bellísima balada *Azanía*, casi un soliloquio de trompeta meditando evocadoramente con su instrumento desde la penumbra, un tema confesional y sobrecogedor que nos permitió saborear la potencia imaginativa de su música y su facultad para generar los paisajes que luego reutiliza Lee en sus películas. Algunas de ellas impresionaron las retinas del público que llenó hasta la

bandera las actuaciones en esta edición del festival granadino.

Juan Jesús García

11 AL 15 DE NOVIEMBRE

Jazz en el Central

Teatro Central (Sevilla)

Difícil equilibrio: de todo para todos, para el aficionado pasajero y para el acérrimo. Así podría resumirse esta edición de Jazz en el Central. Muestra: el concierto de Elvin Jones. Llenazo, público fuera del teatro y gente dándole la mano con lágrimas en los ojos al baterista a la puerta del taxi que lo transportaba al hotel. Verídico, que diría el paisano Gandía. No fue lo único. Imaginar la respetable entrada del concierto de los desconocidos (algo que hay que remediar ya) Root 70 de Nils Wogram o un casi lleno con Vandermark 5 era cosa de fábula. ¿Jazz de brujas y demonios? Cambiemos de planteamientos. Abrió el Standard Cuarteto de Anthony Braxton en su única actuación en España. Si alguien me llega a decir que iba a vivir para escuchar al de Chicago versionear *La garota de Ipanema* me abría reído en sus morros y ahora andaría pidiéndole perdón por perturbado. Con un sopranino chillón como el demonio Braxton inició la remodelación de la pieza que pasó, por así decirlo, del encaje a un desencaje cubista para pasar después al puntillismo y todo bajo enorme control formal. Porque el cuarteto puede estar tocando standards pero lo hacen con partitura y los arreglos, como el de Jobim, son precisos, distintos y no pueden dejar indiferente a quien exige inteligencia. Braxton entró en tromba con un *Tune up* en el que sus inacabables y curvadas frases enredaban al menos atento, para pasar a un distante *Alice in Wonderland* y después a un *Darn that Dream* tibio y

emocionado. El saxofonista ha montado un grupo a su imagen y semejanza con dos alumnos, el sutil contrabajista Andy Eulau, y el guitarrista Kevin O'Donnell con un toque que se mueve entre Jimmy Raney y las figuraciones propias de Braxton, a los que añade a Kevin Norton, lo escuche donde lo escuche uno de los bateristas con más recursos, exactitud y atención que pueda encontrar. Standards Quartet es un nombre que el saxofonista puede haber escogido para sacudirse la facilona consideración de frío e intelectual. Para cualquiera con los deberes hechos, no lo fue esta noche.

El paso tambaleante y la siempre presente sonrisa de Elvin Jones quedan detrás de su dignidad de guerrero masai. El escenario dispuesto con la batería en el centro rodeada por todos los instrumentos señalaba a las claras el foco de todo interés, el resto era accesorio, o, al menos, intercambiable. Su banda resulta funcional para sus objetivos, con Carlos McKinney, un clon de McCoy Tyner con buen vocabulario bop, un impersonal Duane Eubanks y un sólido Gerald Cannon al bajo. El tenor Mark Shim, bueno, con una sonoridad grave y de mucho cuerpo no muy de moda en la actualidad, es otra cosa pero no estaba tocando en una situación propicia a mostrar sus dotes con profusión. Sin embargo, cuando Elvin acerca su baqueta a la campana de sus platos o roza la caja con

sus escobillas las cosas toman color y se llenan de una sabiduría antigua en la que cada uno de sus golpes se sigue con la expectación de lo necesario y a la vez de lo oracular. No importa que en el repertorio apenas pasase de *Wonderful World* o *It Don't Mean a Thing*, ni que no hubiese fantasías polirrítmicas o descargas sobre timbales y platos, inconcebibles con los 76 años del baterista, porque de lo que hablaba es de algo más imperecedero, del corazón de los tambores del jazz y de África. Eso caló hondo, muy hondo, en un público que agradeció ver a una leyenda en acción. Lo demás era accesorio. O intercambiable. Nils Wogram es un trombonista espectacular que puede darle al grueso *tailgate* como Ray Anderson o hacer sonar multifónicos, con toda elegancia, como su compatriota Albert Mangelsdorff, pero sus Root 70 no van de escaparate de sus habilidades, que son muchas. El grupo toca recogido en el escenario, muy cerca los unos de los otros como para no perder puntada de una música muy dibujada, dinámica, llena de sorpresas y que exige cohesión del grupo. La expresividad de Wogram tiene paralelo en el alto aclarinetado de Hayden Chisholm que saca un sonido dulce y lívido proveniente de Paul Desmond enriquecido con inflexiones de instrumentos orientales. Sus unísonos e intercambios en canto y contracanto alcanzan

un equilibrio y una melodiosidad casi West Coast. No muy atrás se queda Jochen Rückert, otro baterista detallista que ni un solo se permitió, y el limpio bajo de Matt Penman. Cualquiera podría convertirse en el foco de atención y sin embargo lo que suena es un grupo que invierte su inventiva en temas tan extraordinariamente bien contruídos que hasta los giros más extraños suenan posibles, sin capricho alguno. Finura, espontaneidad, diversión y mucha personalidad. Ignición: funk pendenciero en *Money down*, para Roland Kirk. Explosión: *A Story from the Road*, free sin cuartel con un saxo tenor como lámpara de acetileno. Rendición incondicional: arreglo para quinteto del segundo movimiento de la *Freedom Suite* de Rollins... A partir de ahí no existía resistencia posible: Vandermark 5 se imponen. No sólo es contundencia, que también, sino la forma experta en que los temas se desarrollan, en que los solos se expanden, en que la banda se mueve viva en temas llenos de opciones. Ken Vandermark dirige y no siempre desde delante, haciendo de este buen grupo, a parte del bajo tectónico de Kent Kessler que es excepcional, una unidad mucho mayor de lo que es. Tim Daisy es un baterista de rock que ha incorporado modales free; Jeb Bishop un trombonista discreto... y sin embargo Vandermark logra un grupo que deja K.O. a base de una noción enérgicamente viva de la interpretación del jazz, de la conciencia de su historia y su extensión al futuro. Más claro que nunca: imprescindibles. Con el de Wogram, uno de esos conciertos que dan fe en la vida y milagros de esta música. No. Lo del sexteto de David Sánchez no era la noche de la pareja del ciclo porque el puertorriqueño no recurre a los clichés de lo latino, ni a lo sentimental en las baladas, ni



EN CONCIERTO

a lo bonito. Lo suyo es la urgencia, incluso lo airado como en temas de *Melaza* y en *The Power of the Word de Travesía*. En Miguel Zenón tiene un apoyo inestimable para ello, tanto que lo mejor del concierto proviene de los lances de los dos saxos impulsados por el diálogo de la percusión con el bajo de Hans Glawischnig como árbitro. El pianista Edsel Gómez juega muy poco papel -más ornamental que otra cosa- en la música de Sánchez. De hecho sus entradas la fija armónicamente perdiendo su candencia, algo muy presente cuando el piano calla. Tampoco estaría de más preguntarse si algunas de las composiciones del saxofonista son buenas transmisoras de su talento pues resultan en exceso combatidas. Sánchez ofreció también baladas, latinas, y a lo Barbieri, muy aplaudidas, pero su poder, lo que convencía, no estaba allí sino en el enredar de los dos saxos de disposición muy ardiente. Era su roce lo que producía calor y no lo caribeño que aquí parecía sin condescendencia ni lugar común.

Luis García Rubio

11 AL 15 DE NOVIEMBRE
**XXIII Festival
Internacional de Jazz**
Cartagena

Se abrió el festival con buenos augurios y con el cartel de "completo" dos semanas antes del concierto de Bebo y El Cigala. Poco más se puede añadir a los comentarios hechos con profusión a este grupo desde que inició su gira de presentación del disco *Lágrimas negras*: sólo

confirmar la maestría de Valdés en el piano, el buen acoplamiento conseguido con la voz del *cantaor*, que deja de ser desgarrada para convertirse en rota al ritmo de boleros y coplas. Destacar el fundamental papel de Javier Colina en el contrabajo que con su sabiduría y fraseos es el catalizador perfecto para este encuentro.

La jornada siguiente -12 de noviembre- acogía música bien diferente con la presencia de un clásico del blues británico, John Mayall & The Bluesbreakers. Mayall mantiene viva la idea sobre la que empezó a trabajar hace décadas, la recuperación de una música que parecía exclusiva del *black power* y que se extendió a reconocimiento público y mayoritario sirviendo además de catapulta para músicos como Mick Fleetwood o Eric Clapton. No está mal que las audiencias más jóvenes sean testigos directos del origen de mucha de la música que hoy se escucha.

Hubo más cantantes en este festival y de estilos bien diferentes: por un lado, la brasileña Ive Mendes (día 13) que presentó un repertorio suave y asequible, mejor cuando canta en portugués que en inglés. Malia (último día, el 15), una mujer de ascendencia africano-británica, con una técnica y una profundidad en la voz



que transporta a otros tiempos, a los de las grandes divas, con sus interpretaciones de jazz, gospel o soul.

La tercera en este grupo de voces fue Beady Belle: integrada en el grupo de artistas del sello Jazzland, conocido fundamentalmente por su jazz electrónico aunque depara otras y diferentes sorpresas, ofreció un concierto muy apropiado para la audiencia más joven. Beady canta con una cuidada voz y se acompaña de programaciones que también sirven para marcar el tempo de los temas: se mueve entre el pop, el jazz, el funk o el soul. Artista muy seductora que hace de sus conciertos una fiesta e invitan a bailar. Beady Belle se presentaba el día 14, en jornada doble y tras Nils Petter Molvaer, un trompetista ya hecho en el jazz electrónico aunque ahora su música se presente como novedad. No toda la música electrónica es igual y la de Molvaer, más abstracta y condensada, requería de una implicación del oyente que no se llegó a dar. Pena, porque el esfuerzo merecía un mayor entendimiento. Y termina este repaso con el concierto de Roy Hargrove (aunque cronológicamente no fue el último porque actuó la noche del día 13) y su proyecto The RH Factor. Hargrove estuvo catalogado como uno de los "jóvenes leones" del jazz pero estaba cantado que no se quedaría ahí. Ha tardado años pero parece haber encontrado una vía para dar salida a su creatividad partiendo de las percusiones ancestrales de África, pasando por las reivindicaciones de negritud y hasta llegar a altas sofisticaciones estilísticas. Hay que estar al tanto de lo que depare esta nueva etapa

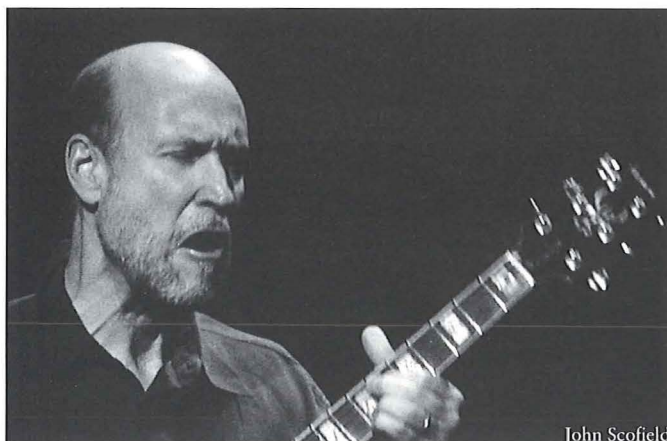
del trompetista, así como estaremos al tanto de lo que nos traiga una nueva edición de este festival.

Pedro Martín

12 AL 15 DE NOVIEMBRE
Jazzalbacete03
Albacete

Llamarse Carter es como llamarse en España Martínez, López o Jiménez, es decir apellido sin pedigrí, pero sin que vuelva a crecer la hierba que pisa. James Carter suele repetir la misma secuencia cada vez que sopla sus lengüetas, ya sea en un estudio de grabación, ya sea en un amplio, y recién rehabilitado, auditorio, como ocurrió en el Teatro Circo de Albacete. Estuvo escoltado por los teclados de Gerard Gibbs, ya se sabe, fondos, estructuras, ambientes... y la batería de Leonard King, un tipo que alcanza su mejor nivel cuando canta, lo que no deja de ser pura anécdota. Y es que cuando James Carter está sobre un escenario, todo a su alrededor es pura anécdota. Minimiza otras intervenciones, minimiza las partituras y eleva sus saxofones a estados límite. El público lo agradece, no todos, porque escucha sonidos no interpretados habitualmente sobre un escenario. Carter quiere el mundo del jazz y lo quiere ya. Y de paso le pega un repaso a otros géneros. Camaleónico, exquisito, excesivo, generoso, caprichoso, espídico... Carter, el depredador, una imagen, un sello que no suele pasar desapercibido. Puede ser sólo el comienzo; como siempre, en el Teatro

Circo dio la impresión de estar avisando de tiempos mucho mejores. El saxofonista español Ramón Cardo es más prudente. Y eso que su propuesta es esencialmente más ambiciosa: una Big Band en todo su esplendor. Y esplendoroso fue el sonido y el concierto que ofreció el valenciano. Sonido Ellington con repertorio Cardo. Desgranó punto a punto su excelente trabajo para gran orquesta *Per l'altra banda*, un compendio de vida y experiencias trasladado a los atriles de músicos tan cualificados y rodados como Fabio Miano, Jesús Santadreu, Joan Soler, Mario Rossi, etc. La banda era un cañón que hizo temblar la lámpara del Teatro y al final todos salimos con la sonrisa de oreja a oreja. En realidad, se trata de eso, tan simple, tan sencillo. El Festival lo cerró Chick Corea, al que cada día le salían nuevas novias según se aproximaba la fecha del concierto: primero fue el saxofonista Steve Wilson, luego el percussionista más solicitado del país, Ruben Dantás que con la previsible presencia de Gayle Moran completaron un sexteto de altura. Claro que uno de ellos era Avishai Cohen, que con su formidable álbum *Lyla* en el maletero hizo una extraordinaria exhibición de sus facultades al contrabajo. Con un músico así en tu banda aún puedes permitirte cierto excesos. Corea los dosifica al máximo no obstante, ha llegado a ese sospechoso estado en el que la historia se come cualquier otra tentación. Peligroso estado si no fuera por los adornos constantes de Cohen y, por qué no decirlo, las tablas del pianista que empieza a estar a las *maduras*. En el café Nido de Arte estuvieron también Natalia Dicenta, actriz que canta (uhm...no a todos les gusta ese orden), los correctísimos



Buster & The Swing, los imponentes Hot Carajillo's Happy Band (se confundieron de fiesta) y los prometedores Maravijazz Latin Band.

Juan Ángel Fernández

14 AL 23 DE NOVIEMBRE

10th London Jazz Festival,

Londres

El South Bank Center de Londres ha vuelto a ser el cobijo central del Festival de Jazz de un Londres borrascoso y desapacible en extremo, con un programa para ubicuos e hiperactivos. El fin de fiesta a cargo del cantante y pianista Jamie Cullum, se llevó críticas templadas, tal vez no tanto por su música y entusiasmo, como por el chaparrón promocional que le acompaña desde hace meses. Courtney Pine dio, el mismo día, tres de espectáculo y una de arte. Otro grupo que no consiguió convencer completamente a mis colegas británicos fue el de Tommy Smith –al contrario que sus teloneros, The Bad Plus–, a pesar de contar con Joe Lovano, John Patitucci (especialmente lucido) y John Scofield y Bill Stewart (ambos procedentes de Madrid). La promesa en plena consolidación del jazz de este país sigue siendo el saxo alto Soweto Kinch, telonero de David Sanborn; éste superó a base de tablas el elevado listón de su colega. The Charles Mingus Orchestra, como se

esperaba, sobresalió. Todo esto, en cualquier caso, según los sabios del lugar. Hablando de sabios, uno de los cierres paralelos del Festival corrió a cargo del dúo de Stan Tracey con Bobby Wellins, seguidos de Randy Weston. Tracey –el Tete Montoliu de este país– empieza a acusar el paso del tiempo, pero sentado al piano no hay calendario que valga: apoyado en el lirismo de Wellins al tenor, dio una lección de asimetría aplicada al standard, mientras Weston demostró su envergadura al piano –el Steinway parecía de juguete–, puso el piloto automático y nos paseó por su mundo musical, con vistas a *Well You Needn't*, *Con alma* y parada y fonda en su *Hi-Fly*. En otra onda, el estadounidense Chris O'Riley presentó su repertorio de versiones de Radiohead. Su aproximación a este material desde la música “clásica” trae a la memoria a Brad Mehldau. Si éste, como buen jazzman, sazona el material con armonías, disonancias y silencios, aquél embellece sin enriquecer, y apenas deja un hueco sin nota. No obstante, su técnica no le impidió ser emotivo y cuajó una buena actuación. El punto más bajo del pianismo de esta semana fue el dúo de Jason Rebello y John Law. Y es que uno entra en el auditorio recordando experimentos como el de John Mehegan con Eddie Costa y se da de narices con Bach a cuatro

manos. *Un Bolero* de Ravel merecedor de una inspección de la ONU dio fin al concierto –y por poco a la melomanía de un servidor–, que sólo salvó un saludo frenético y postrero a Los Picapiedra en el bis. Un paréntesis. La Union Chapel de Islington acogió el único concierto del único grupo español en el Festival: Ojos de Brujo, a los que precedió el virtuoso de la cítara siria Abdullah Chhadeh, que tuvo ocasión de disfrutar los modales del público hispano. Vaya por delante que Ojos es una cooperativa con muchas horas de trabajo, capaz de anonadar a cualquiera con la orgía de ritmos que crean sobre el escenario. Musicalmente, la fusión de tradiciones que logran es coherente y redonda, y superó en el balance a las estrecheces del local, el lamentable sonido –mató todo lo que no fuera bajo y percusión– y paradojas como los mensajes anticapitalistas mezclados con la venta de CDs a 28 €. De vuelta a la orilla del río, el trío de Jason Moran, alternando en su justa medida pasajes extremadamente *funkies* con excursiones atonales, antecedió a Dianne Reeves, que abrió con *You Go to my Head* a capella y procedió a repasar clásicos y temas propios con fuertes ecos de soul sureño que un público evidentemente fiel aplaudió desde sus primeros compases. Dos experimentos con grandes formaciones destacaron en esta semana. Por un lado, Denys Baptiste trajo a la capital su suite *Let Freedom Ring!*, basada en los patrones vocales de Martin Luther King en sus discursos. Carente de un fondo político tan acusado como obras similares de Max Roach y Charles Mingus, sin embargo en lo estrictamente musical ofreció la mezcla justa de tradición afroamericana con blues y gospel en 12/8, improvisaciones modales sobre *vamps* de Gary Crosby al bajo

EN CONCIERTO

y pasajes free. Lo más llamativo, y no por ello más efectivo, fue el montaje visual: en una pantalla se proyectó una película con imágenes que abarcaron desde estampas del Sur de EE.UU. hasta imágenes de King y del actual presidente de aquel país. (Las referencias a Bush, por cierto, fueron frecuentes a lo largo de una semana que le vio de visita en Londres).

El otro ensemble, con músicos de la Britten Symphonia, se presentó bajo el mando de la pianista Joanna MacGregor, con Andy Sheppard y el virtuoso de la tabla Shri Sriram. Con el título de *El Arte de la Fuga* el concierto –que incluyó esa obra de Bach más piezas de Stravinski y Moondog– prometía una puesta al día de ensayos como los de Dave Brubeck, John Lewis o Gunther Schuller, pero no fue tanto un estudio de la fuga como un uso de la repetición de ritmos como colchón de las improvisaciones de Sheppard, quien, con un fantástico tono al tenor, asumió en ocasiones un papel similar al de Stan Getz en *Focus*. La MacGregor no tuvo reparo en usar pregrabados y sintetizador y ofreció momentos brillantes como una pequeña fuga tocada por los miembros de la Britten con maracas. Finalmente, el momento para el recuerdo fue la aparición por sorpresa de Django Bates, el hippy del jazz británico, pianista, trompetista, premio Jazzpar 1997, quien sustituyó en el último momento a Enrico Pieranunzi. Bates ofreció un concierto con dos pianos –uno trucado para que sonara entre clave y sítar– que sirvió para añadir color y de paso demostrar una independencia de manos que muchos quisieran. Haciendo honor a aquello del “sonido de

la sorpresa” sacó una caja de galletas con algún artilugio mecánico, que no mostró, en su interior; y la presentó como su compañero, un percusionista free. Tras poner en marcha el artilugio, que marcaba un ritmo frenético, se armó con su bombardino y ofreció cinco minutos de improvisación desenfrenada que le hacen acreedor de mayor reconocimiento. Una delicia. Y eso no fue todo. En el tintero quedan el Monkathon (o repaso a *toda* la obra de Monk en una tarde), los conciertos de Bobby McFerrin y Danilo Pérez, el tributo a Joe Harriot, con la aparición de Coleridge Goodge, bajista de 89 años, los clubes, las jam-sessions, el foro sobre improvisación y composición en el que Evan Parker le dio sopas con honda a cierto corresponsal, etc....

Fernando Ortiz de Urbina

20 AL 22 DE NOVIEMBRE Guimarães Jazz 03 Guimarães (Portugal)

Uno puede ir a Guimarães a muchas cosas. Por ejemplo, a escuchar jazz y, este año, un grupo de filojazzistas gallegos se dejó caer por la ciudad para escuchar jazz en Guimarães, lo que está muy bien. Fueron por Randy Weston, dado que no hay quien haya llevado al pianista a tierra gallega, todavía. Vinieron a escucharle a él y a algunos otros y se encontraron con Matt Wilson, especie de Steve Allen/Jerry Lewis del free, que nos volvió majaretas en los *after hours* del club Convivio. La noche en que asistió el cronista, Jeff Lederer y Andrew d'Angelo (saxofonistas) invocaron el espíritu de Eric Dolphy revolcados por el suelo y

todos, músicos y público, terminamos entonando el himno nacional portugués luego del *Hey-bo, Let's Go*, que también es un himno, sólo que punky. El cuarteto de Wilson ofreció un seminario al que asistió la juventud jazzística del país vecino y un fin de fiesta con entrega de diplomas y cucharillas de café a los alumnos aplicados. Wilson, *showman* indomable y baterista formidable, dejó tras de sí el poso de un jazz que suena y resuena en el ánimo del oyente porque es jazz de hoy, de ahora mismo. En cuanto a los conciertos de pago, la segunda tanda se abrió el jueves 20 (la primera fue del 13 al 15 con Gianluigi Trovesi, Danilo Pérez y el concierto de Martial Solal con la Orquesta de Jazz de Francia), con Anthony Braxton y su cuarteto, tocando standards en círculo; el saxofonista frente al espectacular guitarrista Kevin O'Neil, y con Andy Eulau (contrabajo) pegadito a Kevin Norton (batería): *After You've Gone*, *Jimmy Dorsey* y un A.C. Jobim (¿*Wave?*) interpretado al sopranino con el respeto que la pieza merece, ni sombra de ironía. Elusivo y concéntrico, distanciado pero cálido, más Brew Moore que nunca, apenas se insinuaba la alargada sombra de Coltrane, el maestro optaba por picar el fraseo y amortiguar el golpe de sonido por medio de un fieltro cubriendo la campana de su instrumento a modo de peculiar sordina. Llegado el tercio final del recital, lo ajeno dejó paso a lo propio: Braxton convertido en standard de sí mismo. Braxton más Braxton que nunca. Demasiada información para una noche... A Randy Weston le falló el viernes 21 su contrabajista de nómina, Alex Blake, y llamó para sustituirle a James Lewis, principal novedad de un

concierto que, por lo demás, visitó los lugares comunes a la música del gigantón de Brooklyn, incluyendo la cosa cubano-santera por mor de un inspiradísimo, como siempre, Neil Clarke a los tambores. Aires solemnes (*The Healer*), Gran Música Negra de la nostalgia y la ausencia, espiritual, orgánica, ingenua y grandiosa... el contrabajismo de Lewis, más cantable y locuaz y menos contundente que el del ausente, abrió una grieta en la roca marmórea del R.W. Trío, insinuando caminos armónicos inéditos que el pianista haría bien en tener en cuenta. La novedad devino en gratísima sorpresa que permite alentar cosas muy prometedoras para el futuro. Weston se llevó al público de calle, pero eso no es noticia. Con Bobby Hutcherson, el sábado 22, entramos en el territorio bien distinto del estilismo post-bop que tan bien conocemos en este país por ser el único tipo de jazz que nos llega, o casi. Comparado con lo que escuchamos la noche anterior, su concierto nos resbaló como pueda hacerlo la vianda de circunstancia que sacia nuestro apetito y no deja huella. Lo peor de la actual música de Hutcherson es que no respira ni permite respirar al oyente que ve como se le viene encima, envuelta en un aluvión de fusas y semifusas a razón de trescientas por compás y músico. El caso señero de una Renne Rosnes (piano) con tantas armas a su alcance y tan poco que decir. Lo mejor, la certeza de un Ray Drummond señorial, casi servil, y el arrebató fugaz que, por encima del ruido de ambiente, hacía salir al vibrafonista de su concha y brindarnos instantes de verdadero genio. Fueron los menos.

José M^a García Martínez